

## LIBROS

## Una gran desconocida

No ha tenido suerte en España la obra de Marguerite Yourcenar. Sin embargo, se han traducido sus novelas esenciales: "Memoires d'Adrien", "Le coup de grâce" y "L'oeuvre au noir". La primera fue publicada en Argentina, por Sudamericana, en excelente traducción de Julio Cortázar. Las otras dos fueron publicadas en España por Plaza y Janés. Hace unos meses, en las librerías de determinados grandes almacenes se las podía encontrar saldadas por cinco duros. Y es que Marguerite Yourcenar es una escritora de difícil degustación en un país donde a la literatura se le sigue pidiendo, por lo general, o emociones fuertes o la resolución de los problemas de todos los días. La Yourcenar, obviamente, no ofrece ni lo uno ni lo otro. Su literatura intelectual, cultísima, exige una reposada colaboración del lector, un gusto por la obra bien hecha, muy lejano de nuestros habituales hábitos de lectura.

Nacida en Bélgica, de padres franceses, hace setenta y cinco años, la carrera de Marguerite Yourcenar se ha hecho al margen de la feria de vanidades que suele ser la literatura como actividad pública. Recibió una educación clásica esmeradísima que le ha permitido, por ejemplo, escribir un libro sobre Pindaro, publicar una antología de poetas griegos o traducir la obra completa de Cavafis. A la vez, esta curiosa mujer, que vive retirada en una mansión en la costa de la Nueva Inglaterra, ha traducido ejemplarmente a Virginia Woolf ("The Waves"), a Henry James ("What Maisie knew") y una impresionante colección de negro spirituals, "Fleuve profond, sombre riviére", con abundantes notas. Además de ello, Marguerite Yourcenar ha escrito un buen número de piezas teatrales, poesía, ensayos y ahora está medida en la publicación de sus Memorias. Una obra, pues, importante, sin alardes exhibicionistas, sin carantoñas vanguardistas, pero sólida y serena. Una obra digna de ser conocida porque es una de las aportaciones más importantes en lengua francesa a la literatura de nuestro siglo.

La editorial Alfaguara ha publicado un viejo libro de la Yourcenar: "Alexis o el tratado del vano combate". Se trata de una novela publicada por la gran escritora en 1929, es decir, cuando tenía solamente veinticuatro años. Es necesario insistir en el carácter de primera obra que tiene "Alexis...". Su lectura puede llevar, a quien no conozca otras obras de Marguerite Yourcenar, a una impresión falsa. Es una novela todavía inmadura, incompleta artísticamente hablando. Escrita bellamente —no hay un solo libro de la Yourcenar que no lo esté—, tiene un interés casi arqueológico, como prehistoria de una obra que el tiempo ha ido adensando y haciendo infinitamente más compleja.

"Alexis o el tratado del inútil combate" es la confesión de un homosexual a su esposa. El nombre de Alexis procede significativamente de la II Elogia de Virgilio. Escrita en forma de una larga carta, es una confesión de una castidad absoluta. Pensemos que el libro se publicó en 1929. Todavía la homosexualidad parecía ser un tema tabú en la literatura, al menos en una visión que no fuera enteramente negativa, siguiendo los cánones

de la moral al uso. Los años han pasado y el tema ha ido entrando con paso firme en la literatura, hasta en la más pacata de Occidente, la española. Entre los miedos —muy naturales por otra parte, y bien fundados como su trágico fin demostró— de un Oscar Wilde y la franqueza de un Manuel Puig, capaz de describirnos a una pareja homosexual haciendo el amor, la libertad de expresión ha ido conquistando lentamente terreno, no sin graves contratiempos y retrocesos.

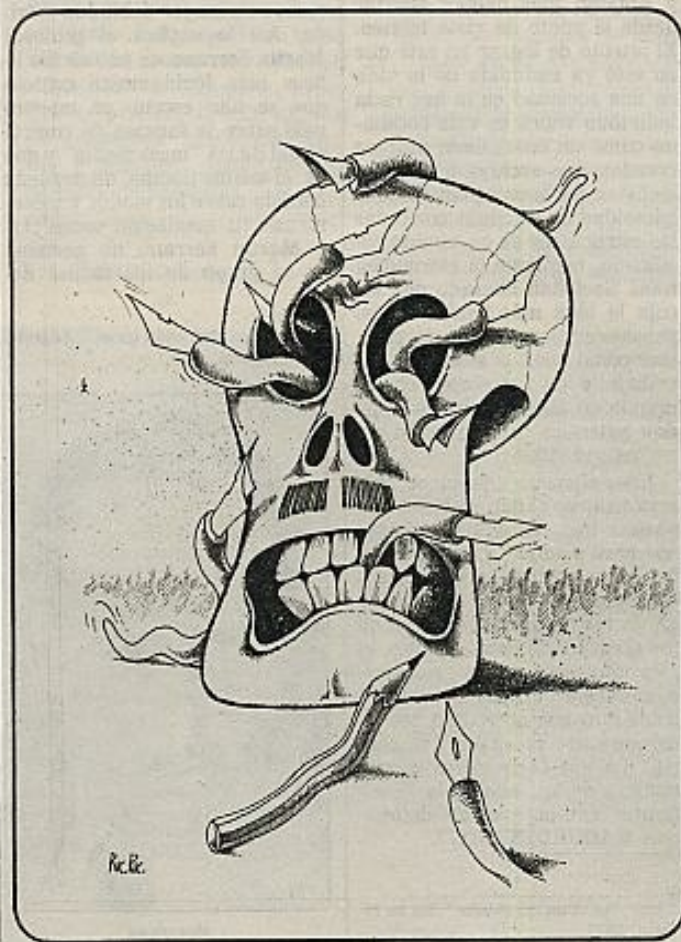
Libertad de expresión que posiblemente no interesaba a Marguerite Yourcenar, pero que influye a la hora de leer su novela. En el prólogo que en 1963 puso a la reedición de su libro, la escritora nos dice que para tratarlo con la debida distancia eligió recordar la prosa jugosa y llena de matices de los moralistas franceses de la época clásica, apta para captar los matices de la conciencia desgarrada de un hombre que trata de explicarse ante una mujer a la que quiere hondamente, pero que no puede amar. Este tratamiento distante, esta constante utilización de frases que parecen máximas morales, pesa a lo largo en la lectura de "Alexis o el tratado del vano

combate". Como novela psicológica está montada sobre un juego de alusiones demasiado velado. Repetimos: acaso en 1929 no podía ser otro el tratamiento. Pero lo que queda es un discreto alegato en favor de unos seres marginados por una sociedad hipócrita, pero en tono muy menor, y un ejercicio de estilo. Años más tarde, Marguerite Yourcenar daría mucho más de sí. "Alexis..." tiene los defectos de toda primera novela, atemperados por el sentido de la contención de una escritora que ha hecho de la lección de los clásicos norma de su práctica literaria. Pero el psicologismo gideano de "Alexis..." ha envejecido. Esperemos, sin embargo, que la publicación de esta novela señale nueva apreciación en nuestro país de la obra rica y variada de Marguerite Yourcenar. ■ JAVIER ALFAYA.

## La Revolución como apertura

Veinte años después, como en la vieja novela de Dumas, empiezan a divulgarse en España las tesis de la IS (Internacional Situacionista). Este grupo, que comenzó sus actividades en el año 1957, tras una famosa reunión celebrada en Cosío d'Arroscia y cuyas actividades públicas se prolongarían hasta 1969, ha sido sin duda uno de los que más han influido en la renovación de las formas de vida y en las actitudes políticas contemporáneas. Por una de esas paradojas que nos depara el panorama cultural y por esos sobresaltos a los que nos tiene habituados el país, se da la circunstancia de que irrumpen al mismo tiempo en nuestro mundillo cultural los planteamientos de ese grupo de pensadores a los que se encasilla bajo el nombre genérico de nuevos filósofos —producto, entre otras muchas cosas, del desencanto tras el frustrado mayo del sesenta y ocho— y las tesis situacionistas que pueden considerarse como motores directos o indirectos de muchas de las tendencias revolucionarias que cuajaron precisamente en ese mayo del sesenta y ocho.

Pero nosotros, que apenas comenzamos a salir de esa "noche oscura" que ya tiene su nombre histórico, nosotros los que sobrevivimos al franquismo podemos todavía sorprendernos con los textos radicales de los situacionistas y podemos recibir toda su carga revulsiva con el mismo entusiasmo con que fueron acogidos por la juventud europea hace diez o quince años. Porque



las cosas aquí van despacio y nosotros hemos tenido de todo, menos un mayo que lleváramos a la boca. Por eso quizá, antes de caer en el escepticismo desgarrado y sin esperanzas de los Glucksmann y los B.-H. Lévy, tengamos todavía derecho a recoger y asimilar la fresca destructiva-constructiva de aquellos jóvenes que ya en la década del cincuenta se planteaban de modo riguroso y sobre todo combativo los temas fundamentales del estar en el mundo.

La IS surge como un movimiento de unificación de varios artistas de vanguardia que, enlazando con lo más vivo de la tradición dadaísta-surrealista, se plantea llevar a cabo el famoso programa de Rimbaud: hay que cambiar la vida.

La verdad es que al crítico le resulta incómodo dar cuenta de los textos de la IS como si de un nuevo ismo se tratara. Los situacionistas repitieron una y otra vez: ¡No hay situacionismo!, y, sin embargo, cada vez que uno intenta formalizar sus planteamientos convirtiendo su actitud en teoría o en sistema parece que se reduce el movimiento a aquello de lo que intentaban huir sus componentes: en moda cultural, en una corriente más que se estudia con el paso del tiempo en los libros de Bachillerato. Porque, a pesar de sus reiteradas advertencias y de su pequeña esperanza de poder escapar a la manipulación y a la integración, lo cierto es que también la IS ha pasado a convertirse, gracias a la labor de los exegetas y detractores, en una especie de situacionismo, robándosele así su posible carga revolucionaria: la prensa burguesa utiliza los trucos que ellos utilizaron para trastocar el sentido de los "slogans" y de la propaganda; su propuesta de una psicogeografía como ciencia destinada a modificar el entorno para hacerlo a la medida del hombre ha sido edulcorada y suavizada por los distintos movimientos ecologistas que recogen parte de sus propuestas olvidando su voluntad de cambio estructural; su consideración del arte como interacción ha sido trivializada y comercializada por mil diversas formas de arte pretendidamente vanguardista y por técnicas de dinámica de grupo que se convierten en modos más sutiles de integrar al individuo en el sistema para que, de paso, produzca más y mejor. Y, sin embargo, la sociedad del espectáculo que ellos se proponían destruir nos envuelve como un desafío, recordándonos la lucidez de sus planteamientos y propuestas.

El libro que nos presenta la Ed. de la Piqueta (1) es una buena antología de textos sobre arte y urbanismo que nos va presentando la evolución de la IS desde unos planteamientos primeros algo ingenuos por su elitismo-esteticismo hasta desembocar en una postura de claro enfrentamiento a la sociedad global y sus diferentes máscaras. La IS pasó por muchas vicisitudes y sucesivas crisis, a consecuencia de las cuales diferentes miembros del grupo fueron expulsados por el ala más intransigente. Esas expulsiones y esas crisis podrían hablarnos de un cierto dogmatismo de la minoría dirigente, pero nos hablan también de su esfuerzo permanente por mantenerse alerta frente a aquellos situacionistas que terminaban por vender su rebeldía como si de mercancía se tratase. Son por eso muy reveladores los últimos artículos de la antología, en los que se realiza una crítica del urbanismo en tanto que ideología, ya que había sido el urbanismo unitario uno de los primeros motores de la Internacional. La expulsión de Jong, Nash, Lindell y otros varios supuso un reforzamiento de las posturas más revolucionarias, sostenidas por aquellos que como Vaneigen, Debord y Kotanyi más debían aportar desde el punto de vista teórico. El intento de lograr un arte que no esté ya escindido de la vida en una sociedad en la que cada individuo vivirá su vida cotidiana como un continuado proceso creador, que excluya a los especialistas, les lleva a plantearse la necesidad de terminar con todas las estructuras de un mundo cosificado, mediante la revolución total. Sociedad liberada que recoja la idea más fructífera del pensamiento marxiano al plantear como meta la supresión del trabajo y de las clases en un mundo no alienado donde se dé una auténtica comunicación entre los individuos.

Ellos dijeron: "(Nosotros) sólo organizamos el detonador: la explosión libre deberá escaparse para siempre y escaparse a cualquier control, sea cual sea". El Mayo del sesenta y ocho les dio la respuesta. Si la explosión fue abortada se debió, tal vez, al giro impuesto a los acontecimientos por grupos políticos y sindicatos que no podían permitir que nada escapara a su control. Lo que sí es cierto es que muchas de las tesis de la IS actuaron entonces como detonador. ■ LOURDES ORTIZ.

(1) "La creación abierta". Ed. La Piqueta, 1977.

## El mensaje es el código

Siempre me ha parecido que las especulaciones McLuhanianas en torno a los medios tenían bastante de rescatable y que pecaban de precipitación, por tanto, quienes sólo veían en el profesor canadiense a un charlatán de la era de la publicidad. En el peor de los casos —y no es mérito pequeño—, hay que agradecerle el haber señalado las insuficiencias de los tradicionales análisis de contenido a la hora de estudiar los efectos de los medios de las audiencias, para hacer hincapié en la influencia ejercida por la propia estructura tecnológica de aquéllos. Recordemos su tantas veces citada frase: "El medio es el mensaje".

Otra cosa son las conclusiones que trata de imponernos McLuhan y, sobre todo, su aceptación fatalista, acrítica y, en definitiva, nada dialéctica de los medios tal y como son. El autor de "La galaxia Gutenberg" no distingue suficientemente la utilización que se hace del medio y las posibilidades que abre su propia naturaleza tecnológica. Y es precisamente en esta confusión donde radica su mayor debilidad teórica. Así lo explica el profesor Martín Serrano en uno de los libros más lúcidamente críticos que se han escrito en nuestro país sobre la función de control social de los "mass media" y que es, al mismo tiempo, un pequeño tratado sobre los modos y mecanismos de mediación social (1).

Martín Serrano no pertenece al grupo de los fáciles de

(1) "La mediación social". Editorial Akal, Madrid, 1977.



McLuhan.

tractores de McLuhan. También él está de acuerdo en que los contenidos transmitidos por los medios no determinan básicamente la actitud de los receptores. Sin embargo, distingue claramente entre uso de los medios dentro de un tipo determinado de sociedad —como es la industrial monopolista— y posibilidades tecnológicas inherentes a los propios medios, para demostrar la contradicción entre ambos: "La televisión media como lo hace y no como tecnológicamente podrá llegar a hacerlo, porque quien impone la forma de mediación es la sociedad con sus valores, y no el televisor con sus tubos catódicos. El mensaje no es el medio como cree McLuhan, sino el código, como afirma Lévi-Strauss".

Para llegar a este punto, próximo a ciertas conclusiones de Eco y Braudrillard, parte Martín Serrano de la atribución a la TV de un doble papel: el de "medium" transmisor de informaciones, que es el que aparece a simple vista, y —el más latente— de institución mediadora. Como tal institución, su tarea consiste sobre todo en reproducir la racionalidad abstracta y el sistema cultural lógico-simbólico que ha dado su coherencia a la sociedad industrial para, de ese modo, perpetuar el sistema normativo vigente.

Por encima e independientemente de los contenidos que transporta como medio, la TV nos ofrece de modo continuo un modelo de la realidad acorde con un tipo de razonamiento que Martín Serrano califica de "disociativo", por oposición al dialéctico. La visión del mundo que nos propone ese medio, basada en la estabilidad de los significantes y que supone la continuidad de la galaxia Gutenberg —para decirlo con McLuhan— está, sin embargo, en abierta contradicción con la fluidez propia de la cultura icónica.

Subordinado su papel de medio al de institución mediadora, la TV se limita a traducir a imágenes los estereotipos y demás símbolos abstractos de la cultura preicónica al tiempo que propone un modelo de discurso no contradictorio, que busca eliminar las contradicciones que se dan en la realidad no a través de su superación dialéctica, sino negándolas mediante la parcelación sistemática de esa misma realidad. Así se presenta bajo el disfraz de conflictos o crisis sectoriales lo que es hecho una contradicción antagónica capaz de poner en peligro el sistema social en su totalidad.

Como escribe Martín Serrano: